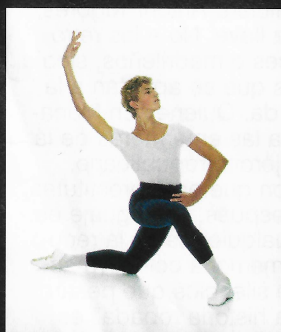


Son las siete de la mañana. Giorgio desayuna y empieza su rutina en la prestigiosa Royal Ballet School de Londres. Paredes con espejos que reflejan la sala, unas puntas golpeando el suelo al ritmo de la música y en su subconsciente, trozos de la película Billy Elliot. Su experiencia artística causa admiración entre el resto de los mortales. De cómo triunfar en ese "mundo de niñas" plagado de tabúes. Su horizonte es nítido, flota en el aire. Está en el sitio idóneo para convertirse en una estrella de la danza.



Texto: Joana Marina Rogido Forteza
Fotos: Daniela Garrett



Giorgio, durante una clase en el Conservatorio de Palma.

Saltos llenos de arte

Giorgio Francesco Garrett, de 15 años, es el primer mallorquín que estudia en la Royal Ballet School de Londres, un privilegio al alcance de muy pocos

Giorgio Garrett, nacido en Mallorca, de padre británico y madre italiana, fue descubierto casi por casualidad. Estaba jugando con unos amigos en la playa de Muro cuando su abuelo Eric se fijó en sus movimientos. «Creo que Giorgio tiene el potencial para ser un buen bailarín», comentó a su esposa Jean. La observación del abuelo hizo mella en él.

«Era oír música y empezaba a bailotear», comentan sus padres. Así fue como descubrió su auténtica vocación y un día Giorgio exclamó: «¡quiero ser bailarín!». Eric Garrett sabía de lo que estaba hablando, le avalaban cerca de 40 años de carrera musical y el hecho de haber compartido escenario con los grandes de la danza clásica, incluyendo a Margot Fonteyn y Rudolf Nureyev.

En su casa de Alcúdia, hallamos retratos de los Garrett con la reina Isabel II, el príncipe

Carlos, María Callas y Luciano Pavarotti, unas fotografías que immortalizan sus mejores momentos como solistas de la Royal Opera House de Covent Garden.

Con 15 años, Giorgio tiene un buen juego de piernas, es ágil y elegante. Empezó a bailar en Mallorca cuando apenas tenía cinco. Aunque detrás de un bailarín siempre hay un maestro. Giorgio dio sus primeros pasos en la academia Espaidansa de Inca bajo las órdenes de Sebastiana Juan. A los ocho años, ingresó en el Conservatorio de Música y Danza de Palma.

TALENTO. - Le recuerdan como un estudiante responsable y atento. Asistía a diario al colegio y posteriormente se trasladaba al Conservatorio para reanudar sus clases de danza. Llevaba un ritmo frenético. «Me esperaban 40 minutos de viaje para llegar a Palma, luego teníamos que regresar a Búger, sin cenar y con los deberes aún por hacer, me acostaba muy tarde». Suerte que tuvo la simpatía de Jerónima Ferragut, la directora del Colegio Santo Tomás de Aquino de Inca, en el que siempre le apoyaron. José Luis Ponce, su mentor, supo sacar partido a su talento y le inició en el baile flamenco inculcándole un cariño especial hacia este estilo tan castizo y particular. Y es que en las cosas del querer, cada uno incorpora la manera de vivir y de sentir de su país. «Me tenía una gran admiración y decía que quería bailar como yo», cuenta Ponce. Dicen que cuando sonaba el Amor Brujo, de Falla, Giorgio encajaba sus movimientos con tanto arte que las señoras del público se desmayaban. Ponce sigue recordando a aquel pequeño bailarín, gran seductor, creador de tendencia y de opinión, «conseguirá ser un buen bailarín porque tiene interés y condición», opina.

Al mismo tiempo, Giorgio perfeccionó su técnica con Francisca Elena Bestard y Nina Bliss Merklein, sus profesoras en la Academia de Danza Rosemary Rehm de Palma. Con Bliss Merklein sacó sobresaliente en su primer examen de ballet. «Me preparó para la prueba de la Royal Ballet y obtuve esa ansiada plaza», explica Giorgio.

UN MALLORQUÍN EN LONDRES. - «Tuve que pasar una audición con más de tres mil aspirantes en todo el mundo, tras la que sólo quedamos 12 niños y 12 niñas». Con sólo 11 años, fue uno de los elegidos para recibir lecciones de danza en la célebre Royal Ballet School de Londres. Es el Billy Elliot mallorquín. Como en la película, Giorgio también recibió una carta, le concedieron una beca y lleva ya cuatro años en la White Lodge de Richmond Park.

«A medida que se acercaba su primer día me ponía más nerviosa. Supongo que era lo normal para cualquier madre, feliz y emocionada, pero también temerosa por desconocer lo que podía pasar», admite su madre, Daniela. «A los padres no se les permite quedarse y deben salir en una hora. Dejar a Giorgio allí fue difícil, a pesar de la magnífica atención que recibimos por parte del personal de la institución». Aquel día los padres de los principiantes derramaron sus lágrimas de tristeza en las tazas de té.

El ballet tiene un potencial artístico inmenso. La fortaleza y la perfección escénica si-





Aprendiendo flamenco con su mentor, José Luis Ponce.

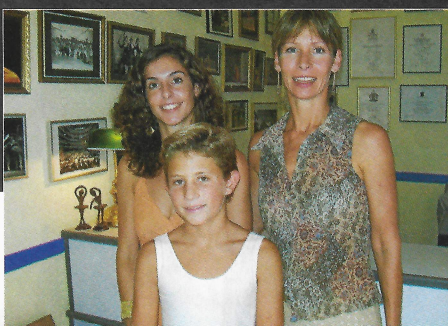
guen siendo el punto fuerte de este arte con mayúsculas. Giorgio recomienda la danza clásica por su elevado sentido de la disciplina. «Gracias al ballet una persona entiende y ejecuta lo que aprende de manera diferente, en este aspecto también me ha cambiado a mí». Pero la vida de un bailarín no es un camino de rosas. Exige muchos sacrificios, una realidad que a menudo se olvida. De Búger voló a la Royal Ballet School. Sintió «la llamada de Londres», que coincide con la canción de techno inglés a la que se asocia la llegada de Billy Elliot a la capital británica.

VIVIR CON LA DANZA.- Esta joven promesa afronta a diario las burlas y las zancadillas de sus compañeros. Como cualquier adolescente, trata de sacar tiempo para sus otras aficiones: el fútbol, el tenis, la natación y la vela que practica junto a su hermano Giulio y su padre Martín, capitán de barco.

Giorgio puede tener un talento innato pero sin su esfuerzo y la ayuda de otras personas nada de esto hubiera sido posible. Si un día consigue la plenitud como bailarín será gracias al amor y la confianza de su familia, sobre todo cuenta con el apoyo incondicional de su madre. «En la escuela nos dijeron que no buscaban sólo la técnica, sino la singularidad, la forma y la proporción de un bailarín, una aptitud adecuada para aprender y el oído para el ritmo y la música», matiza Daniela.

La danza ha sido siempre una actividad artística nómada e internacional. «Balears no tienen escuelas que te enseñen a ser un bailarín profesional», explica Giorgio. Un hecho que obligó a este joven a probar suerte en Europa en aras de una mejor formación y futuro profesional. «Fui a Inglaterra porque allí hay más ayudas y pueden atenderme mejor», asegura.

A Giorgio le encanta bailar. «Los pies de un bailarín son siempre un



Giorgio Garrett con sus profesoras Francisca Bestard y Nina Bliss Merklein en la Academia Rosemary Rehm.

desastre», sonríe. Se inspira en estrellas de la danza, sus ídolos: Carlos Acosta y Ángel Corella. No tiene palabras para describir lo que experimenta cuando baila, «lo olvido todo, siento la música y la emoción en mi cuerpo; cuando termino pienso en lo que pueden darme para comer». El entrenamiento y las clases antes de cualquier actuación son fundamentales para lograr enlazar todo el cuerpo durante el baile. A la técnica corporal y disciplinar se le une también la parte psicológica. Se trata de potenciar una sensibilidad interna y externa para conectar ese motor que mantiene activo a la vez que canaliza la energía creativa del bailarín.

Traduce sentimientos al lenguaje escénico a través de un único instrumento, su cuerpo. «Hay que sentir la música, es algo que viene de dentro y que nadie te puede enseñar», dice. Cada gesto suyo es fruto de la tenacidad, la eficacia, la búsqueda de la expresión y la

Giorgio también se ha formado en el flamenco.



Giorgio dedica muchas horas del día al ballet.

belleza. Pero para conseguirlo, dedica muchas horas a ensayar, un sacrificio que, a veces, le supera. «He sentido que el ballet no era para mí, la rabia fruto de mi exigencia me hacía pensar que realmente no me gustaba», confiesa. Aunque esto sucede a todo el mundo. «Quiero superarme, pero a veces pierdo la esperanza» -entonces aparece su ángel de la guarda: «¡es tu lucha!, no puedes abandonar ahora»-.

CENTRADO EN SU CARRERA.- Los resultados de su último examen han sido muy buenos. También es semifinalista de los premios al Mejor Bailarín Joven Británico del Año. «En el futuro, me encantaría trabajar en la American Ballet Theatre o ser el principal bailarín de la Royal», confiesa Giorgio con los ojos cerrados. Con un poco de suerte, puede seguir los pasos de sus abuelos. Por ahora forma parte del grupo de bailarines que actúan en el Cascanueces de Navidad que organiza la Opera House. «Es una gran responsabilidad, hay muchos ojos que te miran, están pendientes de ti y de lo que haces». Su última actuación ha sido en aguas de Southampton, en el sur de Inglaterra, acompañando a Darcey Bussell, *prima ballerina* de la Royal.

El año que viene será el último de Giorgio en la White Lodge. El próximo paso será la Escuela Superior de Covent Garden. Pero antes tendrá que superar diversas pruebas y audiciones para demostrar su valía. La fama cuesta pero con empeño puede conseguirse. «Practico más horas de las que me exigen, grabo los ensayos con una cámara digital y así puedo corregirme». Giorgio regresa con frecuencia, «mi vida ahora está en Londres pero cuando digo casa pienso siempre en Mallorca». Con su forma de expresarse, de soltar sus enérgicos movimientos y de mostrar sus sentimientos puede que el destino le reserve una sorpresa. ¿Quién dijo que los sueños no pueden cumplirse? Giorgio, el niño de Búger, no piensa renunciar fácilmente a los suyos ■